

rra. No es tal vez de oportunidad, ni entra en mi ánimo, aunque para ello dispongamos ya de un inagotable acervo de episodios, trazaros con un cuadro de la guerra, su dramática psicología; pero no es posible tampoco olvidarla, ni mucho menos desdeñarla como fuente de mal, de tristeza y de error, porque nada ha pervertido, emponzoñado y conturbado tanto la conciencia de la humanidad, como la presente catástrofe del mundo. No me refiero, desde luego, a quienes por un legítimo y sagrado interés de raza, de nacionalidad, o siquiera de estirpe, tienen puesto su corazón en el centro mismo de la catástrofe. Aludo sólo a quienes material o moralmente la guerra fustiga de lejos, a título de simples humanos, con su destrenzada cabellera de Medusa. La espontánea y casi nunca razonada simpatía de cada uno hacia este o aquel pueblo, la natural tendencia a defender la más o meros considerable parcela de cultura que de este o aquel pueblo se recibió, mantenidas y exaltadas de una parte por la sola prolongación del conflicto, y de otra parte por las gigantescas propagandas tendenciosas echadas a volar con alas de mentira y fantaseos interesados de publicistas, prensa y cable de todos los países en lucha, han acabado por suscitar la bestia cavernaria en toda su fiereza dentro del corazón de los hombres. No hace mucho, un escritor nuestro, Pocaterra denunciaba esos instintos de asesinato plácido y burgués en algunos de los que se detienen ante las pizarras donde la prensa local anticipa a sus lectores las noticias diarias de la guerra, a extasiarse, como ante la cifra de un premio gordo si éste fuera suyo, ante el número enorme de víctimas que ese día constituye el siniestro lote del pueblo de quien gratuitamente se han declarado contrarios. Hay quien llega a la apuesta, como ante una trivial riña de gallos, en tan macabro deporte, como hay también quien celebra y enumera con toda ingenuidad y beatitud los grandes progresos realizados a favor de la guerra, por la industria, entre muchos otros beneficios.

Muy bien sé que la guerra es a veces inevitable, necesaria y aun utilísima; pensadores y escritores de todos los países la han ensalzado y loado; yo mismo, pecador de mí, en un libro de mi primera juventud, canté los frutos de su vientre diabólico; pero, como todo evoluciona, la guerra, sin nosotros advertirlo, había evolucionado más allá de toda previsión, más allá de cuanto pudiera adivinarse entre las mismas alucinaciones de la locura; porque todas las guerras antiguas y modernas aparecen como idílicos pasatiempos, como fáciles juegos de niños, frente a ésta que, partiendo del

grupo de las más prósperas naciones, gravita con su ingente pesadumbre sobre pueblos e individuos y atraviesa la tierra toda como una herida, como una úlcera, como una lepra abominable.

Todos los progresos de que se ufanan los partidarios de la guerra, estaban ya en germen en la paz, y todos ellos a la vez, con su probable desarrollo, no nos resarcan de la pérdida de tanto germen sofocado cuando estaba próximo a estallar, preñado de futuro. Entre los hombres que viven dignamente su vida, dedicados a una noble actividad intelectual o material, no hay uno, así sea de avanzada la época de su muerte, que no se lleve la secreta amargura de haber dejado un plan por trazar, un proyecto por emprender, o una obra empezada por concluir; y si esto sucede a hombres muertos en la vejez, imaginaos lo que sucederá a hombres de veinte a cuarenta años, en flor de juventud o en plena madurez de vida, cuando ésta se despliega a sus ojos en perspectiva interminable y el estudio y la vocación ya les han dicho cuáles serán su puesto y su obra y hasta las consecuencias de su obra en el taller del obrero, en el taller del artista, en el laboratorio del sabio; y así, con un fácil esfuerzo de imaginación, os aproximaréis a calcular con tino, en calidad y número, cuanto capullo de arte, cuanto milagro de ciencia, cuanta maravilla del trabajo, cuanta potencialidad, en suma, ha caído traicionada, asesinada, en la fosa de pantano y de dolor de las trincheras.

El instinto de asesinato, no saciado, se deriva y complace en tan continuo asalto a las conciencias, que las guerras de Independencia, la Revolución francesa y la Reforma parece como si se hubieran salido de la historia y no significasen hoy conquista alguna para la libertad humana. Cada venezolano, durante nuestra edad media política, debía confesarse godo o liberal, y si alguno, por ingenua despreocupación partidaria, o porque participara de un tercer punto de vista, o considerase buenos muchos otros puntos de vista, no se dejaba, o no aparentaba siquiera dejarse encasillar en la casilla gualda o en la casilla roja, ése era víctima irredimible y segura de los dos bandos contendientes. Pues, ahora, la grosera imposición reprochada a nuestra barbarie, la han practicado y practican por la sobrehaz del planeta, y a la luz meridiana, muy civilizadas poblaciones e ilustres gremios e individuos. Cada uno pretende imponer su filia, o más bien su fobia determinada, porque, al parecer, el amor a los de un bando tiene su expresión cabal y única en el odio exclusivo a los del otro.

Por lo que a mí respecta, en mi co-

razón no se ha apoderado jamás fobia alguna: mi espíritu se reconoce deudor a la cultura de casi todas las naciones beligerantes y se cree capaz de conciliar todas las filias en una armonía suprema. Si he desesperado alguna vez de nuestra civilización, hasta verla condenada al naufragio y a la muerte en la gran charca de púrpura que es el vasto campamento de Europa, fué ante el pensamiento de que, representando en su mayoría las naciones beligerantes, además de la mayor suma de fuerza y de riqueza, la mayor suma de inteligencia, no pudieran impedir o al menos limitar la catástrofe, y fracasaran por medio de sus pensadores y estadistas, en el empeño, realizado sin duda, de encontrar, cosa no difícil así entre los individuos como entre los pueblos, aquella línea de coincidencia de intereses de que una vez nos habló Ferri, con su prodigiosa grandilocuencia latina, en la Universidad de Buenos Aires. Pero no extinguido ni limitado el incendio, cerrados los pasos a todo buen deseo de mediar, muchos espíritus optaron por situarse en la línea fronteriza, por encima de la lucha, o, para decirlo con la célebre expresión del escritor francés Romain Rolland, *audessus de la mêlée*, en actitud que fué bautizada de olimpismo con ironía desdeñosa. Tal fué desde el primer instante mi actitud espiritual, y no rehuyo el nombre de olimpista a ese respecto. A nadie aconsejo el soberbio olimpismo de un Rolland, porque para adoptarlo se necesita de una soberana alteza de espíritu como de una extrahumana bravura. No se necesita menos para, en el momento de ser invadida la patria, salir de ella, posponer el espíritu de patria al más

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE Y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	€ 0-40
La serie trimestral (6 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	2-00
Para el extranjero, el número suelto.....	§ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-00 » »
La página de avisos, por inserción.....	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.